

Penelope

Hector Mendez

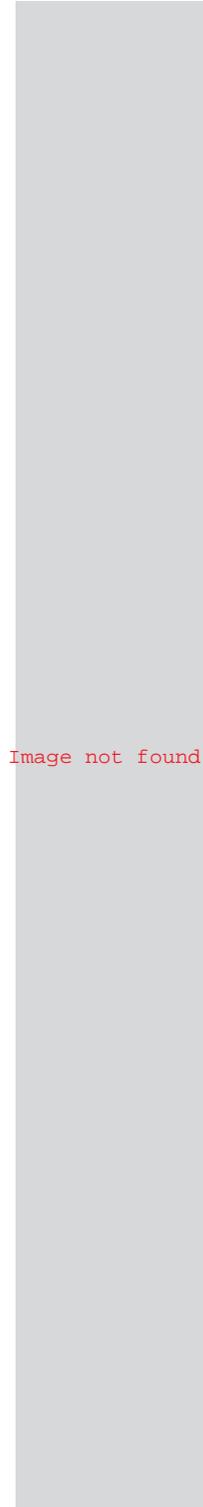


Image not found.

## Capítulo 1

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. En aquel entonces no supe como despedirme, pues siempre supuse que nos veríamos de nuevo, aunque realmente, y a ciencia cierta, yo no lo sabía. El tiempo pasó y con él habían pasado demasiados años.

Esa mañana todo parecía que sería como cualquier otro día, pensé que, como era usual, despertaría y sería la misma rutina de siempre, sin variación alguna, cepillarme los dientes, orinar, rascarme un poco por aquí y otro tanto por allá. El parque frente a mi casa estaba tan tranquilo como de costumbre, podía escucharse el golpeteo que, cada mañana, casi a la misma hora, un pájaro carpintero hacía en una lata que algún desgraciado había amarrado a uno de los árboles. Todo parecía estar en perfecta armonía, en mí ya entonces normal vida. No pensaba en mucho, seguía mi rutina y creí que el día sería igual a cualquier otro. Bajé la escalera al primer piso, se escuchaba solamente el ruido del refrigerador y me pregunté si a los refrigeradores se les daba mantenimiento, no lo sabía. Tras ver por la ventana, pude observar que había varios sobres en el parabrisas de mi automóvil, lo cual no era nada extraño, ya que los carteros suelen dejarlos allí. Pensé que sería lo mismo de siempre: pagos, promociones, pagos, publicidad, pagos y más pagos, que claro no eran pagos grandes, sino lo que debía pagar mes tras mes. Mi padre siempre había sido el enemigo más acérrimo de las deudas, no había algo que odiase más que los terribles —y nada amigables— intereses. Le había aprendido un poco de eso después de varios —muchos— intentos fallidos y había sobrevivido para contarlo. Fue un sobre amarillo el que llamó mi atención, resaltaba entre los demás, como si en ese instante hubiese tenido una corazonada, la impresión de que habría algo diferente sólo por eso, y vaya que así fue.

Salí a recogerle, dicho sobre era enviado a mi nombre y a la dirección donde había vividos desde hacía ya bastantes años ya que era un lugar bastante tranquilo y me gustaba el vivir allí. En el sobre se leía:

Adolfo Nicolás Bravo Navarrete

Calle Nogales #536.

Col. Obreros del Mundo. Pte.

CP. 27364

No tenía ni la más mínima ni remota idea de quién podría haberme mandado un sobre a mí, ni con qué clase de contenido o intención; podría haber sido cualquier cosa ¡Dios hubiera sido lo que fuera! alguna familiar enfermo, algún hijo perdido buscándome, algún pobre necesitado pidiendo dinero sin saber que quizás no había nadie que lo necesitara más que yo, para mis ya dichos pagos varios ¡Hasta podría haber sido alguna clase de químico tóxico! pero no, no lo era. Todo cobró sentido y un poco de pánico cuando leí quien fuera el remitente:

Elena Penélope Fernández Montero.

Apenas leí el nombre, mis ojos se abrieron como si hubiese visto un fantasma, y así era, quedé estático, no me movía, podría jurar que incluso no parpadeé y si respiraba ya no lo recordaba. Decidí sentarme, tome una silla y me senté en el comedor mientras llevaba mi mano a mi boca, pensando, y al mismo tiempo mi pierna parecía que tenía vida propia pues no podía dejar de moverla desde el instante en que tomé asiento. Francamente ya no pensaba en aquel pasado, o mejor dicho, en ella. En un punto se había vuelto como un sueño lejano, como un recuerdo dormido, dejado en el olvido del subconsciente y evocado solamente tras leer la última línea que su mensaje decía: "Quiero que vengas a verme." y firmaba "Penélope □". Sin más, fue un devastador golpe en la memoria, en lo recóndito de lo que en antaño fue y había sido el más anhelado de mis sueños, de mis deseos. El volver a verle.

Habíamos estado en contacto en varias ocasiones, a través de cartas, incluso después de que nos vimos por última vez, hacía ya mucho tiempo. Pero en esta ocasión —casi— todo era diferente, —casi— todo era nuevo. Lo único que permanecía eran los mismos protagonistas de antes. Con el pasar de los años, fuimos dejando de saber el uno del otro, como un recuerdo de lo que fue y había sido, que había sido y ya no es, que hubo y ya no era. Así, pues, nos perdimos.

Penélope era una mujer sensata, era una mujer madura, con un desliz de locura —el cual había sido yo— y sabía, después de tanto tiempo, que seguía siendo ella esa mujer segura de sí misma, quien volvía a tocar la puerta de mi existencia con un "Quiero que vengas" y no un "¿Puedes venir?". Lo exigía, lo demandaba.

Por mi parte, en aquella época, yo no era más que un errante joven "pre universitario" —y digo pre, porque debería haber estado en la universidad y no lo estaba—. Sin dirección, sin metas y sin ambiciones. Esas eran cosas ajenas a mi vida, eran, hasta ella —lo fueron, hasta Penélope—. Había sido siempre muy inocente; había sido siempre muy distraído, vivía al día y lo demás no importaba —en resumen: era un pendejo—. Me perdía con facilidad en cualquier cosa o en cualquier

tontería. Recuerdo que mi padre me decía, constantemente, que la vida iba a pasar, y que después ya nada sería igual, a esto le añadía un "vas a ver cabrón" con un tono un poco irónico el cual le había dejado la experiencia de su propia vida. Como de costumbre yo no hacía caso.

Tras conocerla no podía más que pensar en ella, me perdía en su piel morena, soñaba con sus grandes, y hermosos, ojos café, deseaba su boca y sus delgados labios, quería besarla a cada instante. Habitaba en mi cabeza, moraba en mi corazón, mi imaginación se expandía solo por pensarla a ella, pues, imaginarla era fácil y a la vez increíble, bastaba ver el cielo por las noches para recordarle, para saber que su reflejo se encontraba en ese cielo, misterioso; que su brillo estaba allí, que su infinidad allí se mostraba: en todas y cada una de las pequeñas estrellas que cubrían cuan profundo se podía ver, se podía apreciar, allí estaba, —lo juro—.

Había pasado poco tiempo, mientras todas las cosas que vivimos y pasamos, durante nuestro pequeño y corto periodo, llegaban a mi cabeza y me sacudían la memoria para recordar lo que tuvimos en ese algo a lo que simplemente jamás quisimos darle alguna clase de título, quizás, porque no era algo necesario. O tal vez fue que, en nuestro interior, lo único que había importado para ambos era vivirlo y no pensar en otra cosa. Éramos libres, los dos, y en nuestra libertad habíamos decidido tácitamente el estar juntos y disfrutarnos mutuamente, de nuestros tiempos y nuestras historias, de nuestra compañía, de nuestros silencios, y sí, de nuestros placeres y pasiones —yo estaba loco por ella—. Recuerdo que en una ocasión le dije que por su culpa quedaría idiota. Creo que así fue —así fue—. Yo aprendía todo de ella, y a ella, intentaba enseñarle un poquito de mí, ya que ella era mayor que yo por un par de años y en realidad no había mucho que yo pudiese enseñarle de la vida, pero sí del amor, pues la adoraba como a nada y como a nadie.

Decidí entonces dejar la fantasía de la memoria un poco de lado, puesto que tenía que apresurarme para comenzar mi día. Para mi fortuna, el "dejarla" solo un poco no bastó para que dejara de darle vueltas, una y otra vez, a lo que debía hacer, y mientras mi mañana avanzaba y mi mente viajaba de aquí al pasado y de regreso, fui poco a poco recordando y, al mismo tiempo, me daba cuenta en cuanto había influido Penélope en mi ser, en cuanto y en qué medida se había impregnado a mi existencia; en cuanto se había adherido a mí —¿o yo a ella?— Era algo que solamente ella pudo haber hecho. Y así había sido. Así fue y aún era. Me preparé como era de costumbre, un café por la mañana, recordé que fue por ella que tomé el buen gusto de éste. No lo sabía, pero eso sólo sería una de tantas cosas que aprendería de ella, conscientemente o no.

Encendí la cafetera. Mi alacena contenía café de varios tipos, puesto que había aprendido a disfrutarlo mucho —gracias a ella—. Elegí uno al azar. Dejé que mi vieja cafetera hiciera su magia y decidí

"apresurarme". Duré bastante tiempo en la regadera, mientras decidía, mientras pensaba en que debía hacer. ¿Debía ignorarla, con su carta? En mi indecisión, recordé su cuerpo, perfecto, empapado; el agua que corría por su negra y larga cabellera, que era para mí algo más que divina; recordé su metódica forma en que limpiaba su rostro, el cual era lo más hermoso que había visto. Yo la encontré siempre muy bonita, así fuera sin maquillaje —Me gustaba como ninguna otra—. A pesar de que todo fue en otro tiempo, hacía ya bastantes años, lo recordaba todo a la perfección, aunque en realidad hubieran sido pocas las veces que tomamos un baño juntos. ¿Quién podría olvidar ese cuerpo y ese rostro? ¡Por Dios! Fue entonces que decidí asistir a nuestro encuentro y con ello dar muerte a mi indecisión. Una vez más, iba a eso, iba a ella —voy a ti—. No podía negarlo. No quería. Pensar en no hacerlo me era infame, una traición a mí mismo y a lo que secretamente le prometí a ella y a mí mismo tras marcharme la última vez. Y si algo había aprendido con ella fue a vivir las cosas que pasan, cuales quiera que sean, y más si nacen de una locura, como lo fue en aquella ocasión, y como pasaba y volvía a serlo de nuevo. Cada pregunta que me formulaba me llevaba a otra nueva. ¿Qué tanto habrá cambiado? ¿Para qué querrá verme? ¿Por qué de nuevo y después de tanto tiempo? Pasó cerca de 1 hora de que recibí y leí su mensaje. Todo estaba decidido. Avisaría que me ausentaría en mi trabajo, pues sí me dejaban o no, de buena o mala gana, me importaba poco —por no decir que nada—. Así pues, volvía a aquella adolescencia indómita, donde no solía hacer caso ni reparar en las consecuencias de mis actos, pues el único motor que me movía era lo que yo quería, y lo que quería más que nada era a ella.

Una vez más, en muy poco tiempo, me movía el piso. Temblaba. La razón pasó a ser algo distante, y de nuevo, como antes, me atrapaba —maldita sea—.

Salí de bañarme. Y antes que cualquier otra cosa tomé entonces el teléfono y llamé a la primaria donde daba clases mi gran amigo, Paul, como maestro de sexto grado. Era algo curioso. Si le hubiera preguntado en aquel entonces, cuando adolescentes, sobre ser maestro, muy probablemente hubiera hecho un ademán, y con eso, en ese mismo instante, me hubiera mandado directamente —con boleto sólo de ida— a la chingada. Pero en las vueltas que da la vida —las mismas que habían llevado a mi viejo amigo a ser maestro— esta decidía darme una bofetada, reposada por el tiempo y de proporciones inimaginables. ¿Catastróficas? No lo sé. Me había dicho que algunas cosas, lejos de ser una catástrofe, pueden ser una oportunidad. ¿Lo sería? ya lo vería después. Penélope.

Nuestra llamada fue muy breve, muy apenado le dije que era muy probable que no estuviera presente para el primer cumpleaños de su hija, Nidia, puesto que debía salir de la ciudad con mucha premura y debido a esto no sabía si volvería a tiempo para la celebración. Conocía mi

situación, él supo siempre cuán importante Penélope había sido en mi vida desde el momento en que nuestros caminos se cruzaron, y aún después de ello. Le dije que haría lo posible por volver tan pronto como pudiese, sin embargo no quería —no podía— prometerle nada. Me dijo, riendo, que era un pendejo y me deseó buena suerte, la cual esperaba no necesitar. Tras colgar me dispuse a llamar a mi trabajo y dar aviso de que no me presentaría hasta nuevo aviso —cual jefe. El tiempo que transcurrió tras dejar la bañera se hacía notar pues el agua ya no escurría de mí, solo quedaban si acaso algunas gotas. Llamé entonces. Trabajaba en un pequeño periódico, revisando la edición de cierta columna como me pedían que lo hiciera y no como hubiera deseado hacerlo —porque de haber sido por mí, no publicaba nada—, se publicaban meramente idioteces y cosas que interesaban única y exclusivamente por morbo. —Nada vende como un buen chisme— decía el imbécil de mi jefe, a quien casi todo mundo odiaba, pero había que soportarle por ser él el que mandaba. Estaba fastidiado de trabajar allí, juré que sería algo temporal y la fecha de caducidad no llegaba, o bueno, no llegó hasta este día, pues, a mi ahora ya ex jefe no le pareció en absoluto gracioso qué, tan repentinamente, decidiera ausentarme y, peor, no decir ni cuando volvía. Curiosamente, también me dijo que era un pendejo —él obviamente no reía—. Le dije que el pendejo era él y acto seguido —¡Por fin! — lo había mandado a chingar a su madre. No había marcha atrás.

Quería perder el menor tiempo que me fuera posible —como si los años pasados no hubieran sido suficiente espera ya—. Quería verla y saber de ella cuanto antes. Era un sentimiento añejado demasiado tiempo. Sabía a ansiedad, acentuada con incertidumbre. El corazón me palpitaba fuertemente. Solía sufrir de taquicardias, algunas inherentes y otras provocadas por ella. De nuevo sufría una, tras solo pensar en volver a verla. Penélope. ¿Que estaría pensando ella en ese mismo instante? ¿Se sentiría igual que yo? Me iba a explotar el corazón. Al menos ahora sabía con certeza que mis arterias funcionaban bien.

## Capítulo 2

Tenía la edad de 18 años. Recuerdo que mi amigo Edgar estaba decidido a ser fotógrafo, le gustaba fotografiar paisajes más que otras cosas, yo no lo entendía del todo, pero eran sus gustos, y como yo siempre lo había tenido en alta estima, no le puse peros ni reparos a la hora en que lanzo su invitación sobre hacer un viaje e ir a la capital del país, pues él quería tomar algunas fotos allá. Él era alto, lo cual le ayudaba a la hora de tomar alguna fotografía, pues estaba por encima de las demás personas casi siempre, era un poco delgado y muy ágil, le gustaba el box y lo practicaba un poco por deporte. Éramos —yo más que él— unos jóvenes de provincia, jamás habíamos ido a la capital, a pesar de que yo siempre había querido hacerlo. Le dije que aceptaba, con la única condición de que debíamos ir a las ruinas arqueológicas, pues yo siempre tuve cierta atracción y fascinación por estas civilizaciones. Además no estaba estudiando, así que tenía el tiempo —más no el permiso—.

Le comenté de esto primero a mi madre —mi santa madre— esa misma noche, quien en varias ocasiones había sido mi "correveidile", con la esperanza y el conocimiento de que se lo comentaría a mi padre, y que, cuando yo se lo comunicara a él, no le llegaría de golpe la noticia —ija, qué iluso!—. Tuve una noche muy larga —no sería la más larga de mis noches—. A la mañana siguiente, me armé de valor y me apreté un huevo —los dos— y le dije la noticia. No sé si le tenía mucho miedo o mucho respeto, o una amalgama de ambas pero lo solté como pude. Se me quedó mirando de una manera muy seria, con el ceño fruncido, preguntó ¿Y la escuela? —chin, pensé, ya valió—. ¿Y el trabajo? —continuó—. Pero mi deseo de ir era más grande, era mi sueño, y quería vivir la experiencia y hacerla realidad, estaba cansado de soñar con ello y de postergarlo, de vivir de sueños, de imaginar las cosas, de que pasaran, sin mí. Finalmente tenía la oportunidad de realizar algo que soñaba hacer. Le dije que no asistiría este año a la escuela, y que pediría permiso en el restaurante donde trabajaba —el cual sabía no me negarían ya que mi padre era el dueño—. ¿Cuánto tiempo vas? ¿Adónde te vas a quedar? —Me bombardeó. Había preguntas que ni siquiera me había formulado yo mismo ¿Cómo responderle! Mentí diciendo que mi amigo tenía familiares allá, quería que se quedara tranquilo, y también quería ir. Para mis gastos tenía, casi por casualidad, un poco de dinero ahorrado. Quería ir y conocer, sí o sí. Al final de nuestra platica y tras su advertencia, de que la vida me iba a pasar la factura por perder el tiempo y que nosotros, los hijos, no entendemos, accedió a darme permiso y, finalmente, me dijo que a la próxima mejor le dijera que iba con una dama —fue raro—. Recuerdo en alguna ocasión me contó que mi abuelo, al cual no conocí, le había hecho un comentario muy similar, mas no dije nada al respecto. Ninguno de los dos sabíamos lo que la vida me tenía preparado en ese

viaje.

Al día siguiente, muy emocionado y un poco nervioso, fui a buscar a mi amigo Edgar. Fui a darle la buena noticia. Podría acompañarle. Me agradeció, y extrañado le pregunté el motivo de su bien recibido agradecimiento. Respondió que sin acompañante él no hubiera podido ir. Lo cual me alegraba bastante y me parecía aún mejor, pues de esta forma no sentiría que iba de rémora, sino como un acompañante de viaje. Pregunté cuando saldríamos, me dijo qué mañana mismo pues había tomado sus precauciones y conocía la hora del vuelo. Debía apresurarme en darle arreglo a mis asuntos, así que acordamos vernos en el aeropuerto de nuestra pequeña ciudad, llamada Ciudad del Sol, en punto de las 8:30 am. Él tampoco lo sabía pero este viaje marcaría su vida.

Me dirigí velozmente al restaurante de mi papá, era un lugar muy pequeño, tener un restaurante siempre había sido su sueño y había decidido apostar por ello de una vez —al igual que yo en este viaje— se servía comida mediterránea, yo amaba la pasta y todo lo referente a la comida italiana. En nuestra pequeña ciudad era algo muy novedoso en aquella época. Allí hablé con él muy talentoso Chef Juan, quién había recorrido gran parte de Europa en su búsqueda de conocimiento culinario. Constantemente se conflictuaba en cuanto a si la comida italiana era mejor que la francesa, o al revés. Era una persona sumamente agradable, solo había de conocerlo bien —pero mucho muy bien— pues era bastante simpático cuando se le conocía en confianza. Le di aviso de mi próxima ausencia. —Ni modo que te diga que no. —contestó y me vio con cara poco amigable. Me apené bastante, nunca había sacado ventaja de mi situación en el restaurante hasta esa ocasión. Me deseó suerte. La cual sí iba a necesitar, y mucho. Me preguntó si ya había comido algo, a lo que respondí que no. Me dejó elegir, le dije que me gustaría algo italiano —obviamente— específicamente spaghetti. —iFettuccine alla Puttanesca! —exclamó. Y tras prepararlo, me acompañó a comer y me contó una historia sobre las prostitutas de Nápoles.

Había llegado la noche. Mi madre había insistido en ayudarme a preparar mis cosas y constantemente me decía que me cuidara mucho. Mi padre, por su parte, me decía las precauciones que debía de tomar en un lugar tan grande y tan lleno de gente como lo era la capital. Estaba todo listo, solo debía pasar el tiempo, que parecía detenerse conforme la hora avanzaba. Fui a mi cuarto con la esperanza de poder dormir. Una vez metido en mi cama, volteé hacia la única ventana que mi habitación había. Contemplé el cielo estrellado, pude notar el brillo de una estrella que resaltaba más que cualquier otra, estaba situada en la constelación de Virgo y si mi afición por las constelaciones no me fallaba, era la Espiga. Esto me llevo a pensar en las noches que pasaría en la capital, y esto, a todas las maravillas que la capital seguramente ofrecía. Mis ansias habían crecido, se desbordaban mis ganas, me fue imposible dormir. Al amanecer, me sentía tan fresco que el no dormir no me importó, quería

que llegara la hora. No había tenido una noche más larga —aunque esa tampoco sería la más larga de mis noches—.

Finalmente había llegado la hora, mi amigo Paul, quién en ese entonces odiaba a los niños —y mucho—, me había hecho el favor de llevarme al aeropuerto a la hora pactada. Yo jamás había viajado en avión, estaba emocionado y aterrado ¿Quién no pensó en su primera vez —en avión— que se estrellaría, y que su muerte sería trágica y horrible? pues yo sí lo había hecho. Aunque rápidamente aparte esos pensamientos de mí, no podría dejarlos del todo, pues volverían terriblemente en cuanto el avión se pusiera en marcha. Me había despedido de mis padres y mis amigos. Edgar mi amigo y acompañante fotógrafo llevaba todo su equipo muy ordenado y listo, desde ese entonces actuaba ya de una forma muy profesional. Se lo dije, y se paró el cuello, se daba ya mucho crédito. —Pinche Edgar presumido. —dije mientras reía.

Abordamos a la hora pactada. Yo habría de recordar siempre que así había sido. El capitán del avión habló por el comunicador. Nos daba la bienvenida y las gracias. Las azafatas, quienes en ese instante me parecieron unas mujeres preciosas y muy atractivas, señalaban las salidas de emergencia en caso de que hubiese cualquier tipo de emergencia o problema —o sea, que el avión se fuera al carajo, y nosotros en el—. Mis fatales y desgraciados pensamientos habían vuelto.

Como era de esperar, mi amigo Edgar había llevado su cámara en el avión, pues quería tomar varias fotografías del paisaje visto desde los cielos. Hablábamos un poco sobre lo que haríamos allá, imaginamos todas las cosas sorprendentes que seguramente conoceríamos, a pesar de nunca haber ido, habíamos escuchado, de otras personas, que era un lugar fascinante e increíble, un lugar al que sin duda debíamos ir en algún momento de nuestras vidas. Tras dos largas y emocionantes horas de vuelo, donde me había tocado ir en ventanilla —asiento 16 F— peleando con mi compañero cada vez que me apartaba para tomar una fotografía de los fascinantes paisajes, y tras sentir que todo el recorrido íbamos en ascenso, la voz del capitán volvía a sonar por el comunicador diciendo que nos encontrábamos a 10 000 pies de altura —¡En la madre! —dije asombrado, mientras algunas risas sonaban al rededor. El descenso comenzaría a partir de ese momento y estaríamos tocando tierra —si Dios quería— en 30 minutos. Las azafatas recorrían el avión y se aseguraban de que los asientos estuvieran bien posicionados y todo pasajero llevara puesto su cinturón. Recuerdo que una azafata, muy sonriente, me pidió por favor poner mi asiento recto, y yo muy nervioso solo obedecí, eran mujeres mayores que yo en ese entonces, seguramente solo me veían como un niño. Acomodé mi asiento y esperamos impacientes el descenso. Ya quería aterrizar.

La capital era inmensa. Había techos hasta donde la vista —y la contaminación— dejaba ver. Tras aterrizar estaba ido. Había edificios

inmensos, cientos de vehículos. La gente iba y venía, de aquí para allá, y de allá para todos lados. Edgar estaba tan asombrado como yo. Desde que había puesto mi primer pie allí, en la capital, sabía que no me arrepentiría en la vida de haber hecho el viaje. Le di las gracias a mi amigo por haberme invitado. Y él, dejó de estar boquiabierto para decir solamente: "gracias a ti". Quedamos impactados.

Para mi sorpresa, mi amigo Edgar sí tenía familiares allí. Pensé que, después de todo, no había mentido a mis padres. Sus primos Christian y Román ya nos esperaban. Él pudo verlos después de que salimos de tomar nuestro equipaje, el cual por mi parte era muy poco en comparación con todo el equipo que mi amigo llevaba, me presentó a sus dos primos. Ambos eran muy parecidos, no podían negar su parentesco, ni aunque así lo hubieran querido. Ambos estaban a cabeza rapada, los dos lucían tatuajes varios en todo el cuerpo, tenían un característico acento al pronunciar cualquier palabra, el cual adoptaría sin querer tras pasar un tiempo allí. Su máxima diferencia era que, Christian, tenía barba, muy larga y trenzada. Eran bastante simpáticos, aunque en ocasiones, discutían entre ellos por banalidades. Les dije entonces mis nombres —Adolfo, o Nicolás, como prefieran—, y que mis amigos, a veces, me decían pollo. No recordaba siquiera el por qué me decían así, pero quería romper el hielo. Rieron un poco. Edgar aprovechó el momento, y aunque él prefería tomar fotos de paisajes, no dudó en pedir que nos tomaran una fotografía a los ahora 4 amigos —o valedores, como sus primos en ocasiones nos llamaron—.

Les pedí que por favor llegáramos a la oficina postal más cercana. En casa no teníamos teléfono, y en el restaurante apenas lo habían puesto, y con mis distracciones, por emoción y un poco de pendejismo, olvidé anotarlo. Envié la foto a mis padres. Al reverso avisaba que no había muerto en el vuelo, que estaba bien y que estaba perplejo —perplejo, aclaro— por la capital, les dije que no sabía el número del restaurante para llamar ya que había olvidado anotarlo y que me disculparan. Sabía que quizás se molestarían un poco —un poco. —dije yo, a sabiendas de que estarían, por mucho, encabronados. No pensé en ello mucho tiempo. Por fin estaba allí.

Nos instalamos en casa de los primos, tome mi maleta y empecé a acomodar mis cosas en la habitación que tan gentilmente me habían prestado mis nuevos amigos. Saqué la ropa que mi madre había alistado para mí, acomodé también mis artículos personales. Pasamos el resto de la tarde allí, mientras decidíamos a donde ir primero, yo estaba ansioso por ir a las ruinas arqueológicas que se encontraban no muy lejos de la ciudad, tanto, que pensé que era casi un llamado, el cuál si no era de aquellas místicas civilizaciones, sí lo era de la vida —del destino—. Tenían unos locales en renta, uno de ellos estaba ocupado por Christian, quien era el mejor perforador en toda la capital, o al menos eso decía él. Me preguntó si me gustaría alguna perforación, pensé en que mi padre me la

arrancaría tan pronto como la viera, dije que no. Caminamos un poco por los alrededores. Al caer la noche asistimos a un bar donde se presentaba un grupo cuyo nombre no puedo recordar, pero recuerdo que el vocalista era un hombre de cabello largo, vestía de negro y tenía ciertas tendencias un poco oscuras, pues uno de sus adornos en escena era una cabeza de chivo. Jaime creo que era su nombre, a quien sus amigos llamaban Jim. Estaba tan lleno de energía debido al alcohol o alguna droga. Nos invitó una ronda de cerveza a todos en el bar. Yo no tomaba mucho, supongo que esto fue algo que le llamó la atención, ya que pasadas unas cuantas canciones se dirigió a nosotros y nos preguntó de dónde éramos. Le comenté que mi amigo Edgar y yo éramos de provincia, y que vivíamos al norte del país. Sorprendido dijo que el también venía de viaje, del país vecino que se situaba al norte, y que estaba en la ciudad para intentar grabar su primer álbum, decía que la capital le inspiraba mucho. Supongo que así era para todos los forasteros —incluyéndome—. Nos dijo que él había tomado unos tours para conocer la ciudad y sus atracciones, incluidas las tan ansiadas ruinas. Nos dio toda la información que necesitábamos para llegar al lugar. Al día siguiente sin duda partiríamos adonde comenzaba el tour.

Después de unas cuantas rondas de cerveza más, cuando llegaba al punto del mareo y de muy seguramente cometer alguna estupidez, nos dispusimos a retirarnos, pues debíamos comenzar temprano nuestro día para ir a donde se daban los tours por la capital. Pregunté la hora a un sujeto, eran las 12:38 AM, yo no sentía que fuera esa hora, pensaba y sentía que era más temprano. Edgar me explicó que aquí eran dos horas más que en nuestra ciudad. Roman, quién era el que más había tomado de nosotros cuatro parecía como si hubiera tomado agua en lugar de alcohol, pues este no le había afectado en lo más mínimo. Regresamos a casa de los primos. La noche se tornó helada. Estaba acostumbrado a las altas temperaturas de mi pequeña ciudad, me vi muy susceptible a las bajas temperaturas y deseé no enfermarme. Tome mis precauciones a pesar de todo. Me tape bien y casi instantáneamente caí como piedra en el profundo lago del sueño —y de baba—. Así pasó nuestro primer día, nuestra "bienvenida" había sido de lo mejor, pues yo no estaba acostumbrado en ese entonces a tanta "libertad". La noche fue muy corta —por fin—.

## Capítulo 3

Me puse ropa cómoda, por primera vez en mucho tiempo no tenía por qué vestir nada formal. Pensé en cuanto tiempo había pasado que no tenía un día para mí mismo. En el periódico, durante mis días de descanso me dedicaba a trabajar. Realmente no tenía mucho que hacer en mis días, mi rutina gobernaba mi vida y no me molestaba que así fuera. Vivía bien y tranquilamente, supongo que me acostumbre a eso con el tiempo y sin más este voló. Aunque en realidad el día no era enteramente para mí, ya que Penélope me lo había robado desde que leí su nombre en el sobre que aún se encontraba en el comedor, exactamente como lo había dejado y con su carta a un lado. El café estaba listo desde hacía ya un tiempo. Me serví una taza y volví a sentarme en la silla donde lo había hecho anteriormente, de nuevo leí su carta, estaba aún un poco incrédulo. Me preguntaba qué habría pasado para que después de tanto tiempo recibiera nuevamente una de sus cartas. Debía saberlo cuanto antes. Sabía que en mi vieja libreta debía tener guardado su número telefónico, al que sólo en pocas ocasiones llamé después de bastante tiempo de conocernos, pues era necesario hablar con ella cuando las cartas no daban abasto para quitarnos las ansias y las ganas de saber el uno del otro. La busqué entre las cosas que tenía de recuerdo, unas viejas cajas que contenían cosas un poco más viejas todavía, las cuales tenía olvidadas, junto a una maleta, en un rincón en el closet desocupado del cuarto de invitados. Tomé las dos cajas y las llevé al comedor. Busqué por aquí y por allá aquella vieja libreta que usaba para anotar cosas importantes antes de que las olvidara. Había bastantes cosas que no había visto en algún tiempo, pero mi mente estaba puesta en buscar esa vieja libreta. No tuve suerte, no estaba en ningún lado, tendría que esperar a llegar y verla para saber el motivo de su mensaje, quizás era mejor así.

Me levanté dejando las cajas y el contenido de estas sobre el comedor. Estaba pensando demasiado las cosas y debía prepararme. Dejé el café a medias, hambre no sentí para nada, ni siquiera pensé en comer hasta que más tarde el estómago lo demandaría. Llegué a mi pequeño estudio y encendí la computadora, revisé los vuelos a la capital —tenía mucho que no lo hacía—, a esta hora no alcanzaba el vuelo más próximo, por lo cual el primer vuelo disponible para mi causa era por la tarde, a las 2:00 PM, pero no me apresuré demasiado, a pesar de que así lo hubiera querido, me conocía y sabía que si lo hacía así algo olvidaría. Conociendo como soy de distraído seguramente sería la cartera o algo de igual importancia. Revisé los vuelos del día siguiente, las salidas eran a las 6:00 AM, 10:30 AM, 2:00 PM y finalmente a las 6:00 PM era el último, el avión hacía por lo regular 2:30 horas de vuelo, la diferencia de horario entre mi ciudad y la capital era de dos horas más en comparación a donde yo vivía. Decidí que la mejor opción sería tomar el vuelo de las 10:30 AM, puesto que así llegaría por la tarde y tendría tiempo de instalarme antes que cualquier otra cosa —además este horario me traía muy gratos

recuerdos—. Compré mi pase, ahora solo debía reservar el hotel donde debería hospedarme. Pensé en uno que estuviera próximo al aeropuerto. También pensé en alguno que estuviera cerca de la casa donde ella vivía, o al menos donde vivía cuando ambos fuimos "nosotros", sin embargo no sabía si ella seguía viviendo allí o ya no, decidí entonces que la mejor opción era cerca del aeropuerto, ya que podría instalarme cuanto antes. Reservé para tres días. Había pasado una hora y media desde que había recibido su carta.

Me dirigía a mi habitación, en el camino a, debía pasar cerca del comedor, vi a unos cuantos metros las cajas puestas en él, y me acerqué nuevamente. Había una caja de zapatos la cual contenía algunas fotografías, me dispuse a verlas. Había algunas de mi infancia y algunas con mis 4 hermanos, otras eran de mi comunión. Recordé que mi madre nos llevaba cada domingo a unas pláticas donde teníamos que aprender tantas cosas, que pensé que sería imposible para mí hacerla. Realmente a mí no me gustaba ir, me daba siempre mucha flojera durar lo que para mí parecían horas y horas, aunque en realidad solo era una. Mi madre siempre había sido creyente y en su devoción nos había llevado a mis hermanos y a mí por una niñez donde la religión era parte imprescindible. Había fotos de cumpleaños, de mis hermanos, de amigos de la infancia, mías, de mis padres, y alguna que otra foto de alguna ex novia, que para ese entonces ya ni recordaba. Había algunas de viajes con la familia, y algunas otras con los amigos, incluso encontré una con la banda de Jaime, cuyo nombre no recuerdo, pero cuyo género lo había llevado a dar la vuelta por el mundo. Casi al fondo vi un texto marcado al reverso de una fotografía: "Llegamos vivos a la capital, por suerte el avión no se cayó, madre. Dígale a mi papá que estoy bien y que quedé perplejo por la capital, pues ¡esta grandísima! no llamé porque no anoté el número del teléfono nuevo en el restaurante, discúlpeme, se me pasó. Los quiero" volteé la fotografía, sonreí. Era, para mí, una de las mejores fotografías que mi amigo Edgar había tomado en toda su carrera como fotógrafo profesional. A pesar de haber bastantes fotos no encontré alguna de ella, de hecho no tenía nada de ella por ningún lado, más que en mi cabeza —ahora que la recordaba—, y en mi persona —inconscientemente—. No recordaba el porqué de esto —todavía—. Me dije que tan pronto como pudiera debía comprar un álbum para cuidar mejor esas fotos. Comencé a guardar todo de nuevo en las cajas, cuando hube terminado, quedaba solamente el sobre y la carta de Penélope, tomé la carta y la metí al sobre y le di la vuelta. El sobre tenía su dirección con la cual pude haber reservado cerca de allí. Pendejo.

La mañana había avanzado más. A lo lejos escuchaba el sonido de los niños que jugaban en la escuela que estaba cerca del parque, había risas y algunos gritos, sin duda los niños se divertían bastante, es claro que la vida a su edad era mucho más simple, y no importaba nada más que jugar y ser feliz. Yo no tenía hijos, a pesar de que en algún momento lo había intentado, la vida tenía otro plan para mí y no era precisamente

el de dejar mis semillas y multiplicarme, eso sí, tenía muchos sobrinos a los cuales adoraba y siempre que tenía la oportunidad de verlos los disfrutaba y los consentía un poco —o mucho—, esto a pesar del enojo que en ocasiones causaba a mis hermanos. Recuerdo que en una ocasión pareció que esto sería diferente, fue la primera —mas no la última— vez que viví un embarazo mental, recuerdo los sentimientos encontrados, de miedo y alegría. Yo era muy joven cuando pasó esto —17 precoces años—, aun no tenía noción de muchas cosas en la vida. Pero como dije, todo pasaba por algo, y de haber sido padre para ese entonces, Penélope hubiera sido un mito, una fantasía, la historia que fue, no sería más que un "qué hubiera pasado si" o quizás nada de eso, y también, por no haber sido, fue que aquella relación había terminado de forma trágica y precipitada, lo que le daba el paso a esta posibilidad llamada Penélope. Lo mismo —quizás— hubiera sido si después de ella hubiera tenido descendencia, pues la respuesta a su carta hubiera sido otra, y no precisamente yo haciendo planes para ir. Es curioso como la vida no es más que un rompecabezas gigante, cuya siguiente pieza se forma sólo tras poner la anterior. Me asombraba como el hecho de hacer o haber hecho algo diferente cambiaba todo el esquema de lo que puede pasar o había pasado. Era algo asombroso. Fue por esta razón que pensé que ella, Penélope, debía de ser, era mi destino y yo estaba destinado a ella. Pero como también ya dije antes, la vida daba muchas vueltas.

Tome las cajas y las guardé nuevamente en el closet. Debía de preparar mis cosas que llevaría en mi viaje. Aproveché y tome de una vez la maleta que estaba allí y me dirigí finalmente a mi habitación, separé las cosas que iba a llevarme con el fin de revisarlas varias veces, así no se me olvidaría nada como en otras ocasiones me había pasado —muy constantemente—. Llevé cambio para 3 días, los que pensaba que estaría allí, y un cambio especial —obviamente— para cuando nos viéramos, después de tanto tiempo. Quise viajar ligero, así que las cosas personales como el cepillo de dientes, desodorante y demás, tendría que comprarlos allá. En otra época me hubiera ido incluso sin maleta.

Todo estaba listo, solo debía dar respuesta para confirmar mi asistencia. Tome mi libreta —la actual— donde anotaba las cosas importantes antes de que las olvidara, aparté una hoja y escribí " Recibí tu carta, llego a la capital mañana, (hoy, para cuando recibas esto) mi vuelo sale a las 10:30 AM, llego, si todo sale bien, entre 2:30 y 3:00 PM. Tan pronto me instale iré a la dirección escrita en el sobre, supongo que allí podre verte" Y firmaba "A.N. □"

## Capítulo 4

Me puse ropa cómoda, por primera vez en mucho tiempo no tenía por qué vestir nada formal. Pensé en cuanto tiempo había pasado que no tenía un día para mí mismo. En el periódico, durante mis días de descanso me dedicaba a trabajar. Realmente no tenía mucho que hacer en mis días, mi rutina gobernaba mi vida y no me molestaba que así fuera. Vivía bien y tranquilamente, supongo que me acostumbre a eso con el tiempo y sin más este voló. Aunque en realidad el día no era enteramente para mí, ya que Penélope me lo había robado desde que leí su nombre en el sobre que aún se encontraba en el comedor, exactamente como lo había dejado y con su carta a un lado. El café estaba listo desde hacía ya un tiempo. Me serví una taza y volví a sentarme en la silla donde lo había hecho anteriormente, de nuevo leí su carta, estaba aún un poco incrédulo. Me preguntaba qué habría pasado para que después de tanto tiempo recibiera nuevamente una de sus cartas. Debía saberlo cuanto antes. Sabía que en mi vieja libreta debía tener guardado su número telefónico, al que sólo en pocas ocasiones llamé después de bastante tiempo de conocernos, pues era necesario hablar con ella cuando las cartas no daban abasto para quitarnos las ansias y las ganas de saber el uno del otro. La busqué entre las cosas que tenía de recuerdo, unas viejas cajas que contenían cosas un poco más viejas todavía, las cuales tenía olvidadas, junto a una maleta, en un rincón en el closet desocupado del cuarto de invitados. Tomé las dos cajas y las llevé al comedor. Busqué por aquí y por allá aquella vieja libreta que usaba para anotar cosas importantes antes de que las olvidara. Había bastantes cosas que no había visto en algún tiempo, pero mi mente estaba puesta en buscar esa vieja libreta. No tuve suerte, no estaba en ningún lado, tendría que esperar a llegar y verla para saber el motivo de su mensaje, quizás era mejor así.

Me levanté dejando las cajas y el contenido de estas sobre el comedor. Estaba pensando demasiado las cosas y debía prepararme. Dejé el café a medias, hambre no sentí para nada, ni siquiera pensé en comer hasta que más tarde el estómago lo demandaría. Llegué a mi pequeño estudio y encendí la computadora, revisé los vuelos a la capital —tenía mucho que no lo hacía—, a esta hora no alcanzaba el vuelo más próximo, por lo cual el primer vuelo disponible para mi causa era por la tarde, a las 2:00 PM, pero no me apresuré demasiado, a pesar de que así lo hubiera querido, me conocía y sabía que si lo hacía así algo olvidaría. Conociendo como soy de distraído seguramente sería la cartera o algo de igual importancia. Revisé los vuelos del día siguiente, las salidas eran a las 6:00 AM, 10:30 AM, 2:00 PM y finalmente a las 6:00 PM era el último, el avión hacía por lo regular 2:30 horas de vuelo, la diferencia de horario entre mi ciudad y la capital era de dos horas más en comparación a donde yo vivía. Decidí que la mejor opción sería tomar el vuelo de las 10:30 AM, puesto que así llegaría por la tarde y tendría tiempo de instalarme antes que cualquier otra cosa —además este horario me traía muy gratos

recuerdos—. Compré mi pase, ahora solo debía reservar el hotel donde debería hospedarme. Pensé en uno que estuviera próximo al aeropuerto. También pensé en alguno que estuviera cerca de la casa donde ella vivía, o al menos donde vivía cuando ambos fuimos "nosotros", sin embargo no sabía si ella seguía viviendo allí o ya no, decidí entonces que la mejor opción era cerca del aeropuerto, ya que podría instalarme cuanto antes. Reservé para tres días. Había pasado una hora y media desde que había recibido su carta.

Me dirigía a mi habitación, en el camino a, debía pasar cerca del comedor, vi a unos cuantos metros las cajas puestas en él, y me acerqué nuevamente. Había una caja de zapatos la cual contenía algunas fotografías, me dispuse a verlas. Había algunas de mi infancia y algunas con mis 4 hermanos, otras eran de mi comunión. Recordé que mi madre nos llevaba cada domingo a unas pláticas donde teníamos que aprender tantas cosas, que pensé que sería imposible para mí hacerla. Realmente a mí no me gustaba ir, me daba siempre mucha flojera durar lo que para mí parecían horas y horas, aunque en realidad solo era una. Mi madre siempre había sido creyente y en su devoción nos había llevado a mis hermanos y a mí por una niñez donde la religión era parte imprescindible. Había fotos de cumpleaños, de mis hermanos, de amigos de la infancia, mías, de mis padres, y alguna que otra foto de alguna ex novia, que para ese entonces ya ni recordaba. Había algunas de viajes con la familia, y algunas otras con los amigos, incluso encontré una con la banda de Jaime, cuyo nombre no recuerdo, pero cuyo género lo había llevado a dar la vuelta por el mundo. Casi al fondo vi un texto marcado al reverso de una fotografía: "Llegamos vivos a la capital, por suerte el avión no se cayó, madre. Dígale a mi papá que estoy bien y que quedé perplejo por la capital, pues ¡esta grandísima! no llamé porque no anoté el número del teléfono nuevo en el restaurante, discúlpeme, se me pasó. Los quiero" volteé la fotografía, sonreí. Era, para mí, una de las mejores fotografías que mi amigo Edgar había tomado en toda su carrera como fotógrafo profesional. A pesar de haber bastantes fotos no encontré alguna de ella, de hecho no tenía nada de ella por ningún lado, más que en mi cabeza —ahora que la recordaba—, y en mi persona —inconscientemente—. No recordaba el porqué de esto —todavía—. Me dije que tan pronto como pudiera debía comprar un álbum para cuidar mejor esas fotos. Comencé a guardar todo de nuevo en las cajas, cuando hube terminado, quedaba solamente el sobre y la carta de Penélope, tomé la carta y la metí al sobre y le di la vuelta. El sobre tenía su dirección con la cual pude haber reservado cerca de allí. Pendejo.

La mañana había avanzado más. A lo lejos escuchaba el sonido de los niños que jugaban en la escuela que estaba cerca del parque, había risas y algunos gritos, sin duda los niños se divertían bastante, es claro que la vida a su edad era mucho más simple, y no importaba nada más que jugar y ser feliz. Yo no tenía hijos, a pesar de que en algún momento lo había intentado, la vida tenía otro plan para mí y no era precisamente

el de dejar mis semillas y multiplicarme, eso sí, tenía muchos sobrinos a los cuales adoraba y siempre que tenía la oportunidad de verlos los disfrutaba y los consentía un poco —o mucho—, esto a pesar del enojo que en ocasiones causaba a mis hermanos. Recuerdo que en una ocasión pareció que esto sería diferente, fue la primera —mas no la última— vez que viví un embarazo mental, recuerdo los sentimientos encontrados, de miedo y alegría. Yo era muy joven cuando pasó esto —17 precoces años—, aun no tenía noción de muchas cosas en la vida. Pero como dije, todo pasaba por algo, y de haber sido padre para ese entonces, Penélope hubiera sido un mito, una fantasía, la historia que fue, no sería más que un "qué hubiera pasado si" o quizás nada de eso, y también, por no haber sido, fue que aquella relación había terminado de forma trágica y precipitada, lo que le daba el paso a esta posibilidad llamada Penélope. Lo mismo —quizás— hubiera sido si después de ella hubiera tenido descendencia, pues la respuesta a su carta hubiera sido otra, y no precisamente yo haciendo planes para ir. Es curioso como la vida no es más que un rompecabezas gigante, cuya siguiente pieza se forma sólo tras poner la anterior. Me asombraba como el hecho de hacer o haber hecho algo diferente cambiaba todo el esquema de lo que puede pasar o había pasado. Era algo asombroso. Fue por esta razón que pensé que ella, Penélope, debía de ser, era mi destino y yo estaba destinado a ella. Pero como también ya dije antes, la vida daba muchas vueltas.

Tome las cajas y las guardé nuevamente en el closet. Debía de preparar mis cosas que llevaría en mi viaje. Aproveché y tome de una vez la maleta que estaba allí y me dirigí finalmente a mi habitación, separé las cosas que iba a llevarme con el fin de revisarlas varias veces, así no se me olvidaría nada como en otras ocasiones me había pasado —muy constantemente—. Llevé cambio para 3 días, los que pensaba que estaría allí, y un cambio especial —obviamente— para cuando nos viéramos, después de tanto tiempo. Quise viajar ligero, así que las cosas personales como el cepillo de dientes, desodorante y demás, tendría que comprarlos allá. En otra época me hubiera ido incluso sin maleta.

Todo estaba listo, solo debía dar respuesta para confirmar mi asistencia. Tome mi libreta —la actual— donde anotaba las cosas importantes antes de que las olvidara, aparté una hoja y escribí:

*—"Recibí tu carta, llego a la capital mañana, (hoy, para cuando recibas esto) mi vuelo sale a las 10:30 AM, llego, si todo sale bien, entre 2:30 y 3:00 PM. Tan pronto me instale iré a la dirección escrita en el sobre, supongo que allí podré verte.*

A.N. □"—